

DICEN Y NO HACEN (Mt 23,1-12)

En aquel tiempo, ¹ Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos ² y les dijo: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. ³ Hagan, pues, y observen todo lo que les digan; pero no imiten su conducta, porque dicen y no hacen. ⁴ Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas. ⁵ Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; ensanchan las filacterias y alargan las orlas del manto; ⁶ quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, ⁷ que se les salude en las plazas y que la gente les llame “Rabbi”. ⁸ «Ustedes, en cambio, no se dejen llamar “Rabbi”, porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros son todos hermanos. ⁹ Ni llamen a nadie “Padre” vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. ¹⁰ Ni tampoco se dejen llamar “Instructores”, porque uno solo es vuestro Instructor: el Cristo. ¹¹ El mayor entre ustedes será el servidor. ¹² El que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.

Faltan tres domingos para el terminar el año, el año litúrgico. Y faltan dos domingos para celebrar por primera vez en la historia de la Iglesia la “Jordana mundial de los Pobres”. Existen ya otras jornadas mundiales: de las misiones, de los medios de comunicación, de la paz, de las vocaciones, etc. Pero, ¿de los pobres? Seguramente san Francisco de Asís iluminó al Papa para instituir este día dedicado a los pobres para siempre.

Acabamos de escuchar el inicio del capítulo 23 de Mateo. Un capítulo muy duro, durísimo. El buen Pastor, el buen Samaritano, el Nazareno no se midió esta vez en su palabras. Aunque no sabemos dónde estaba exactamente Jesús, por el contexto nos imaginamos que fue en el patio del Templo de Jerusalén. Allí profirió, en un tono nada sereno, siete maldiciones. Siete duras maldiciones contra los escribas y fariseos (23,13-32). Y lo curioso fue que lo dijo delante de la gente y sus discípulos (23,1).

Los destinatarios directos son entonces ellos, la gente y sus discípulos. Jesús estaba muy preocupado que se introduzca en su comunidad una mentalidad, una concepción religiosa, una relación con Dios típica de los escribas y fariseos. Les advierte con nombre y apellido. Les previene hasta el mínimo detalle. La teología y la espiritualidad de éstos no son compatibles con la nueva teología y la nueva espiritualidad que Jesús enseña. ¡Atento! No digas que se trata de una doctrina de antaño, de un comportamiento religioso de aquella época o de una teología remota. Habita siempre un fariseo y un escriba testarudo dentro de cada uno. Y emerge, casi siempre con furia, cuando escucha una novedad doctrinal o una nueva práctica religiosa como la que propone Jesús.

Escribas y fariseos

Empecemos por los segundos. La secta de los fariseos, a diferencia de los saduceos, colaboracionistas y que tenía el control religioso de la época, gozaban de prestigio en el pueblo. Estudiaban y conocían las Escrituras, eran austeros, cumplidores de la Ley y celosos de Dios. El mismo san Pablo se jactó de pertenecer a esta secta (Flp 3,5). La secta de los escribas gozaba del mismo prestigio, y tal vez un poco más. Estudiaban detenidamente la *Torah*, defendieron por siglos la doctrina de los profetas y las revelaciones de Dios. Probablemente ellos escribieron también algunas partes de la *Tanak*. Eran doctos en las cosas de Dios y eran considerados algo así como el magisterio infalible en aquella época.

Teología de los escribas y fariseos

Ellos, dice Jesús, «se han sentado en la cátedra de Moisés» (2b). (Entre los judíos, el maestro enseñaba sentado desde la cátedra o la silla principal; en cambio, entre los griegos, el maestro enseñaba caminando. Los cristianos hemos continuado esta tradición, Fíjate cuando el Papa enseña). La cátedra y la doctrina son inseparables. Quien se sienta allí, es el maestro autorizado. Y Jesús critica eso, no la cátedra sino la doctrina de éstos. Los desautoriza. Y los desautoriza, a los infalibles, delante del pueblo. Desautoriza su doctrina y su práctica. Imagínate semejante crítica. No usa hipérbolos diplomáticas ni expresiones etéreas. Los critica con siete duras e inesperadas maldiciones. Maldiciones que agrietan los cimientos de sus doctrinas. Pero, ¿qué enseñaban éstos? ¿Cuál era su teología o su espiritualidad?

Predicaban, entre otras cosas, un Dios severo y con el semblante duro con aquellos que transgredían sus preceptos. Un Dios que rechazaba a los pecadores y se mantenía lejos de ellos. Porque Dios santo, decían, separado de los pecadores y los impuros. Y lo mismo tenía que hacer el hombre religioso. ¡Ay si alguno tocaba un pecador! Solo observando escrupulosamente sus mandamientos, cumpliendo los ritos de purificación y las demás normas religiosas adquirías méritos delante de Dios. Sin méritos no podías exigir una bendición. Cuánto haces y cumples, tanto recibirás. Era una religión mercantilista la que enseñaban; una religión de demanda y oferta; de esfuerzos y gratificaciones. Una teología completamente contraria a la teología jesuana.

El amor incondicional del Padre es el nuevo presupuesto doctrinal del Nazareno. Porque el Padre ama al hombre así como es él. Y ese amor (divino) lo transforma, y lo transforma solo si penetra en su corazón. Del mismo modo que ama el buen Samaritano, que no observa de reojo al caído sino que lo levanta, sin preguntar si fue bueno o malo, si fue pecador o santo. Es el amor del buen Pastor. Es el amor del Amigo, que cena con Zaqueo antes de su conversión. Porque la conversión viene después de la misericordia; después que el amor de Dios transforme tu corazón. Un amor incondicional, es la nueva teología del Nazareno. En cambio, el Dios de los escribas y fariseos razona como nosotros, se mueve con nuestra lógica y con nuestros presupuestos humanos, demasiado humanos. No es el Dios de Jesús. Aquel Dios separa, selecciona y castiga. El Dios de Jesús ama y salva en todo momento. Aquel Dios sanciona en vida e incluso ordena su lapidación. El Dios de Jesús espera incluso hasta el final del día para darle el mismo denario que le ofreció al madrugador. Aquel Dios separa puros de los impuros, el Dios de Jesús perdona setenta veces siete. Semejante doctrina no soporta el fariseo, porque el pecador debe ser castigado inmediatamente. El fariseo no tolera un Dios que ama del mismo modo al santo y al que se equivoca, No tolera que perdone setenta veces siete y sea paciente hasta el último momento esperando su conversión. No lo tolera. ¡Protesta, el fariseo que está dentro de nosotros!

Dicen y no hace

Jesús estaba muy preocupado que aquella doctrina se infiltre entre los suyos. Nos lo advirtió desde el inicio. Las doctrinas humanas son peligrosas, dañinas para el espíritu. Pero, Jesús acaba de criticar aquella doctrina y ahora dice: «hagan los que dicen, pero no imiten su conducta» (3b). Atento con esta afirmación. Léelo en su contexto. Es una afirmación irónica del Maestro. Pues, aquellos enseñaban una doctrina pesante, escrupulosa y tajante. Es como decirles, intenten vivir con todo aquello que predicaban e imponen. Imposible. Imposible si quieres vivir el gozo del Evangelio. El mismo Pedro lo

reconocerá con honestidad. Ese yugo doctrinal, con el cual fuimos educados, «ni nuestros padres ni nosotros pudimos cumplir» (Hc 15,10). Es una doctrina incompatible con la vida cotidiana. Eso te llevará únicamente a realizar «obras para ser visto por los hombres» (5). Obras exteriores, como las que practicaban los escribas y fariseos creyendo que eso es religión. Aquellos andaban atentos a sus mantos, a sus filacterias, a los primeros puestos en las sinagogas, a ser reconocidos, reverenciados y felicitados (6-9). (Los hermanos separados critican a la gente que llama “padre” a los sacerdotes; ellos prefieren el título de “pastor”... No recuerdan que Jesús se llamó a sí mismo el «buen Pastor»... Estamos en lo mismo). Mientras que la religión del Nazareno es completamente distinta, es una religión del amor. No se trata de cumplimientos, se trata de vivir según la ley del amor. No es utopía. El Nazareno lo vivió. «Ama, y haz lo que quieras», decía san Agustín. No es la ley que transforma al hombre, sino el amor. No es la pedantería la fuerza del hombre, sino la humildad (12). No son los apelativos los que te asemejan a Dios, sino la filiación cristiana (9). No interesa, según la nueva doctrina, como te designen. Interesa si eres servidor de tus hermanos (11). No interesa el primer puesto. Interesa si eres humilde al estilo del Nazareno (12). No interesan tus vestidos. Interesa tu corazón y lo que hay dentro de él. No interesa como te llamen. No interesa cuántos preceptos semanales cumples. Interesa si eres hijo de Dios (9).